Pocos momentos corrieran desde que la campana de San Antolín de Bedón anunciara la venida del alba y la hora de los maitines (1), cuando un joven novicio se atrevió a distraer la atención del abad, que devoto rezaba, para decirle que un caballero aguardaba en el pórtico del monasterio y exigía en el instante su presencia para un asunto de vida o muerte.

 Acudió el prelado presuroso, y fue llevado por el desconocido a un cercano bosque, donde se hallaba una litera custodiada por seis hombres armados. En ella había una bellísima joven enlutada y llorosa. Apartáronse algún tanto sus guardianes, y la dejaron un breve rato en libertad con el religioso que la confesó y absolvió. Creyendo terminada su extraordinaria misión, se alejaba de aquel sitio en dirección del monasterio, cuando un pistoletazo que se oyó le hizo retroceder. La joven yacía envuelta en su sangre, teniendo al lado un papel en que se pedía al abad le hiciera suntuosas exequias (2), para lo que le dejaba allí una bolsa con bastantes monedas de oro. Los hombres habían desaparecido. Nunca llegó a saberse el nombre de los que tomaran parte en tan terrible aventura.

(1) maitines: rezos del amanecer, en la primera de las horas canónicas

(2) exequias: funerales